

MUNIBE (Antropología-Arkeología) 57	Homenaje a Jesús Altuna	287-299	SAN SEBASTIAN	2005	ISSN 1132-2217
-------------------------------------	-------------------------	---------	---------------	------	----------------

Huellas de actividad prehistórica en un medio montañoso extremo: en torno a una Palmela en la Garganta del Cares, Picos de Europa (Asturias)

Tracks of prehistoric activity in a hard mountainous environment: about one Palmela in the Garganta del Cares, Picos de Europa (Asturias)

PALABRAS CLAVE: Arqueometalurgia, puntas Palmela, alta montaña, cacerías de rebecos, enclave cultural, Picos de Europa, Calcolítico-Bronce Antiguo.

KEY WORDS: Archeometallurgy, Palmela arrow points, high mountain, chamois huntings, ritual place, Picos de Europa, Copper - Early Bronze Age.

Miguel Ángel de BLAS CORTINA*
Salvador ROVIRA LLORENS**

RESUMEN

Las puntas Palmela son *rara avis* en buena parte de la Región Cantábrica. El hallazgo de una de tales piezas en la abrupta Garganta del Cares da pie a diversas reflexiones sobre la actividad prehistórica en un medio acusadamente alpino, la naturaleza de esas armas metálicas y el tránsito entre ambas vertientes del macizo montañoso. También se considera el probable descubrimiento del paraje singular del hallazgo durante las cacerías de rebecos y su posterior dimensión de enclave cultural.

ABSTRACT

The Palmela arrow points area *rara avis* into a large extension in the Cantabrian Region. The finding of one of these pieces became the origin of several considerations about the prehistoric activity in an extremely alpin environment, the meaning of those metallic weapons as well as the movement between both slopes of the mountainous massif. It is also appreciated the likely discovery of the special site of the finding during chamois huntings and the further ritual dimension of the location.

LABURPENA

Palmela puntak ez dira batere ohikoak Kantabria aldean. Pieza horietako bat Cares arroil malkartsuan aurkitu izanak hausnarkeeta bat baino gehiagorako beta ematen du: nolakoa izan zen historiaurreko jarduera alpetar ingurune honetan? zein jatorri zuten arma metaliko horiek? nolakoa izan zen mendi-mazizoaren bi isurialdeen arteko mmugimendua? Uste da, halaber, aurkikuntzaren leku hau sarriok ehizatzen ari zirela aurkituko zutela eta gerora kulturune bat bihurtu zela.

El hallazgo de un arma metálica prehistórica en un territorio que reúne con prodigalidad los atributos más característicos de la alta montaña es un acontecimiento nada frecuente, tanto por la clara filiación cronocultural de la pieza, cuanto por producirse en un territorio en el que las huellas de la estancia de gentes prehistóricas son prácticamente desconocidas.

Reza firmemente esa observación para la cuenca de río Cares, ya que los vestigios de culturas preliterarias no son, sin embargo, extraños a los Picos de Europa, si bien manifestándose de

modo discreto. Consisten, en general, en túmulos de constitución pétreo cuya ascendencia se enraíza en el fenómeno megalítico, aunque su pertenencia a episodios culturales precisos es en la mayoría aún desconocida (ARIAS CABAL *et alii* 1995). Pese a ello, hay un rasgo diferencial: las viejas arquitecturas, referentes hoy exclusivos de la primera colonización, neolítica, del medio montañoso, se erigen en áreas de pendientes discretas, prefiriendo las camperas extensas y los collados abiertos; huyen, en su evidente intención testimonial, de las zonas angostas, de las laderas abruptas y

* MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA, Dpto. de Historia (Prehistoria). Campus de Humanidades. Universidad de Oviedo. E-33071 Oviedo. E-mail: deblas@uniovi.es

** SALVADOR ROVIRA LLORENS, Museo Arqueológico Nacional. C) Serrano 13. E- 28001 Madrid.

de escasa notabilidad visual. Los conjuntos más destacados de túmulos, en particular los de los puertos de Aliva, a 1.400 m. de altitud, Pandébano a 1.220 m. o Piruú, cerca de Sotres, coinciden, y no por azar, con algunas de las áreas que ofrecen los pastos de mayor calidad de los Picos; se ubican a la vez en posiciones estratégicas con respecto a los itinerarios de circulación humana a través del vigoroso sistema orográfico.

El Cares, en cuyas inmediaciones apareció el arma que aquí estudiamos, es el río más representativo de los Picos de Europa, a los que atraviesa de sur a norte, tras iniciar su itinerario en los pliegues de la Cordillera cantábrica, en el valle leonés de Valdeón (figura 1). En su búsqueda de las

aguas cantábricas actúa como frontera natural entre los macizos central y occidental del complejo alpino y, como es de esperar en una corriente de montaña, conoce con las variaciones atmosféricas grandes crecidas que suelen coincidir, incluso en el verano, con nevadas superficiales y súbitos deshielos. La angostura de su cauce entre las localidades de Caín, todavía en la provincia de León, y Poncebos, ya en Asturias, es extrema, generando una de las gargantas más notables de la Península. De la constitución vertical, abismada, del territorio y de los peligros que encierra da testimonio un viejo dicho de la comarca: *"los de Caín no se mueren, sino se despeñan"* (PRADO 1860: 72).

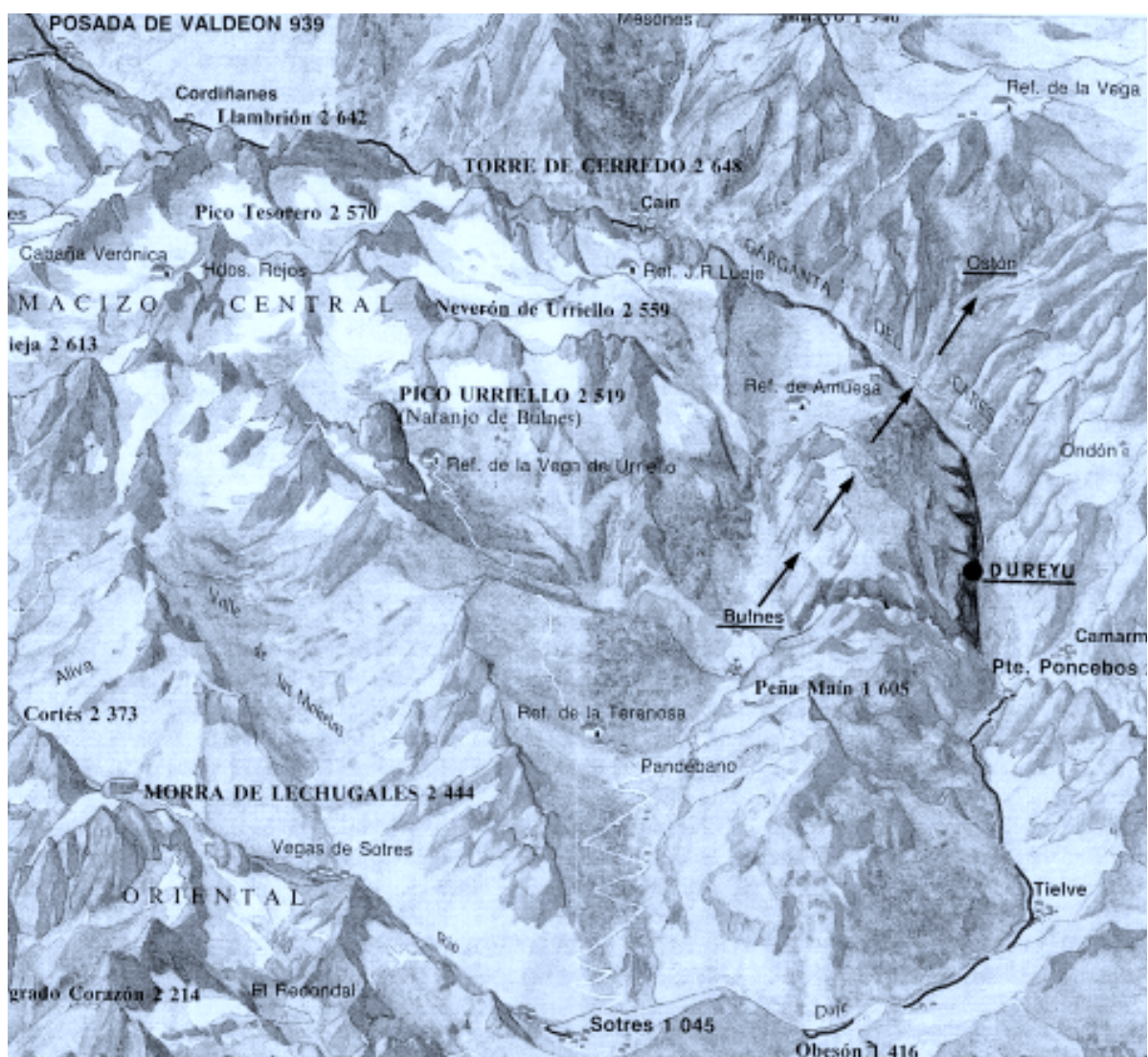


Fig. 1. Situación de Dureyu en la Garganta del río Cares, en el corazón de los Picos de Europa. La línea de flechas señala la localización, en orillas opuestas, del pueblo de Bulnes y los pastos de Ostón.

(Fragmento del *Mapa de los Picos de Europa*, de MIGUEL A. ADRADOS. Oviedo, 1998).

El arma en causa, una buena punta Palmela (figura 2), fue localizada en noviembre de 2001 por TOMAS LOBETO, vecino de Camarmeña, dispuesta entre dos piedras de la pared de una cabaña sita en el lugar de Dureyu. Obviamente, había sido dejada allí y después olvidada, suponemos, por el autor o autores de su descubrimiento. No hay, en suma, posibilidad de establecer su contexto original; sin embargo, como después veremos, el lugar de Dureyu ofrece condiciones particulares que le otorgan una más que razonable potencialidad de lugar arqueológico, por la reunión en un ámbito bien determinado de varias covachas y también por su acusada notabilidad morfológica.

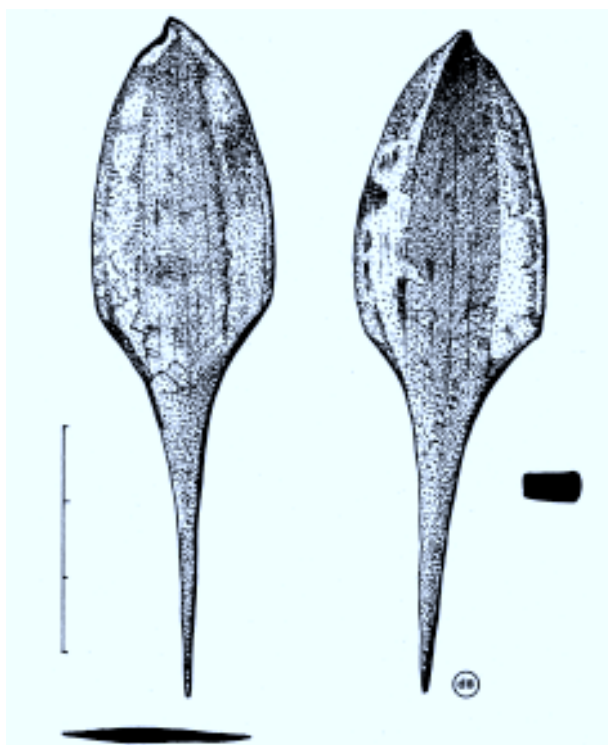


Fig. 2. Palmela de la majada de Dureyu, en la Garganta del Cares.

Si por el momento es esta la primera pieza de su clase conocida en la zona, no es improbable que se produjera el hallazgo de alguna más si damos crédito a informaciones, por desgracia muy genéricas, sobre otras “parecidas” a la de Dureyu y hoy ilocalizables. La madre de nuestro informante, TOMAS LOBETO, recuerda que en su niñez había en su casa una de esas piezas; por entonces era creencia que tenían su origen en la caída de un rayo. Otra punta habría sido encontrada por un hermano de ALFONSO MARTINEZ, el famoso guía de montaña, en el lugar de La Raxuca, en el puerto de Ondón, encima de Camarmeña.

LA PALMELA: ESTUDIO METALÚRGICO Y CONSIDERACIONES SOBRE SU EMPLEO

La composición metálica del arma del Cares fue determinada mediante la técnica no destructiva de fluorescencia de rayos X, con un espectrómetro Metorex X-MET 920 del laboratorio del Museo Arqueológico Nacional (Madrid), con el resultado siguiente (valores en % en peso): 98,6 cobre; 0,92 arsénico; 0,02 estaño; 0,06 plomo; 0,02 hierro; 0,26 níquel; 0,017 plata; 0,068 antimonio; 0,07 bismuto; no se detectan otros elementos. La aleación se clasifica dentro del amplio grupo de los cobres poco arsenicados.

La escasez de hallazgos de puntas con esta peculiar morfología, no sólo en tierras asturianas sino en toda la cornisa cantábrica, impide comparaciones entre materiales próximos entre sí. Si acaso convendría traer a colación una pieza inédita de La Llana (Andrín, Llanes) que, por su aspecto, podría ser un fracaso del fundidor al desmoronarse el molde de arena en el que intentaba fundir una punta (ROVIRA & GOMEZ 2003: 84-85). En todo caso, el metal de La Llana es también un cobre poco arsenicado (0,50% As) y con trazas de algunos otros elementos similares a las determinadas en el ejemplar que nos ocupa. Hay una clara divergencia en el estaño, pues la de La Llana contiene 1,27% de este elemento químico, un porcentaje que podría pasar por impureza del cobre, pero que resulta extraño por lo singular en el mundo de las Palmela peninsulares y, en general, en la metalistería del Bronce Antiguo.

El porcentaje de níquel (0,26%) es relativamente alto y ello podría ser indicio de un cobre procedente de la región de la cabecera del Ebro, donde se registran tasas altas de esta impureza en los metales prehistóricos debido a la existencia de metalotectos con la asociación natural cobre-níquel (MONTERO & RODRIGUEZ DE LA ESPERANZA 1997).

Si la cornisa cantábrica es pobre en puntas Palmela no sucede lo mismo en áreas circundantes no muy alejadas. El Proyecto de Arqueometalurgia de la Península Ibérica pudo analizar hasta el momento 62 ejemplares encontrados en las provincias gallegas, León, Burgos y Palencia. La figura 3 resume las concentraciones de arsénico en sus aleaciones y, como puede verse, el grupo más numeroso corresponde a los cobres con menos del 1%, grupo al que pertenece la de Dureyu. Se trata, pues, de un metal muy común en estas aplicaciones.

En cuanto a la técnica de elaboración de estas puntas, los estudios metalográficos hasta ahora

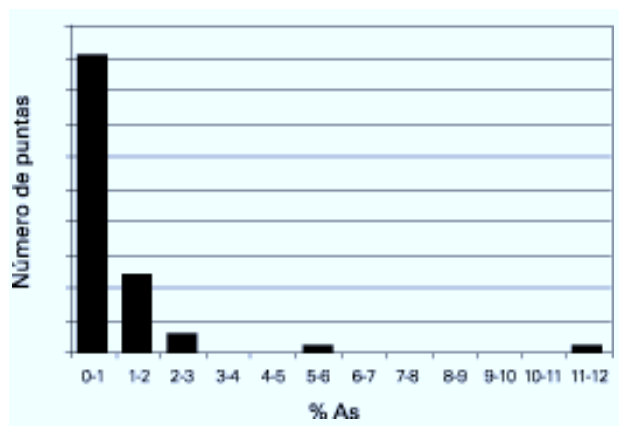


Fig. 3. Histograma representando los contenidos de arsénico en puntas de Palmela de Galicia y norte de Castilla-León.

realizados (ROVIRA & GOMEZ 2003: 168-169) ponen de manifiesto cuatro cadenas operativas distintas. El primer paso era siempre un proceso de moldeo, a pesar de que no se ha encontrado ningún molde para este menester. Por esa razón, OTTAWAY & SEIBEL (1998) propusieron (y demostraron su factibilidad experimentalmente) que durante el Calcolítico y la Edad del Bronce se fundía de modo preferente en moldes de arena.

El prototipo así obtenido debía ser ya muy parecido al objeto final, pues las metalografías indican deformaciones del metal no muy importantes en la parte media de la hoja y en el arranque del pedúnculo. Pero, en todo caso, la punta era casi siempre trabajada a martillo toda ella, a menudo con mayor intensidad en los filos para incrementar la dureza del metal. La estadística que se deduce de las metalografías disponibles indica que en torno al 70% de las Palmelas eran forjadas en frío (cadena 1); el 15% muestran el metal recristalizado térmicamente después de la fase de martillado (cadena 2); el 10% volvían a ser martilladas después de recocidas, generalmente de forma selectiva en los filos (cadena 3), y las restantes presentan un tratamiento simple de recocido del metal, sin haberseles aplicado ningún tratamiento mecánico (cadena 4). Las puntas con hoja de filos biselados solían fabricarse siguiendo la cadena 2 o la 3. Por tanto, el ejemplar de Dureyu sería producto de una de ellas.

Un último aspecto a tratar es la melladura y el rebabado que la hoja manifiesta en la punta (figura 4). Fijémonos primero en la rebaba continua, que afecta con desarrollo simétrico al primer tramo de los filos de ambos lados. La lámina de metal presenta un claro enrollamiento haciendo que el filo propiamente dicho quedara romo. Una deformación de ese tipo parece haberse producido tras su-

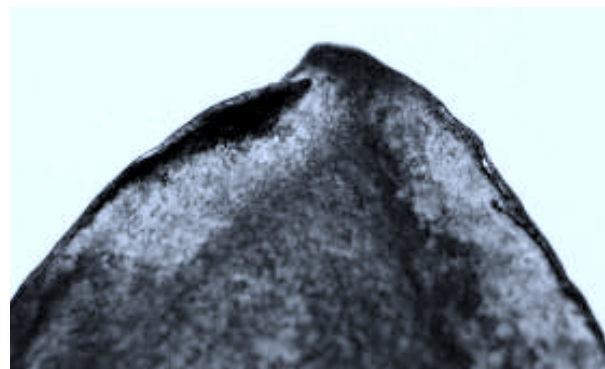


Fig. 4. Fotomacrografía de la punta de Dureyu mostrando las deformaciones por impacto.

cesivas penetraciones en un material relativamente duro pero penetrable y siendo también consecuencia de un diseño de aerodinámica deficiente: la resistencia a la penetración hace que aparezca un vector de fuerza en sentido opuesto, capaz de doblar sobre sí misma la fina lámina del filo mientras se está produciendo la penetración. La punta era demasiado ancha para la resistencia del material sobre el que impactaba, y el metal en exceso deformable para esa sollicitación mecánica.

Otro tipo de impacto fue el responsable de la melladura con rotura del metal en el filo. En este caso la punta, que ya presentaba las deformaciones antes descritas, impactó contra un material duro de superficie irregular, doblando ligeramente el ápice y recibiendo mayor oposición justo al lado de dicho ápice, tras lo cual se agrietó el metal, doblándose localmente por el esfuerzo.

Desde luego, no es posible decidir si estas deformaciones se debieron a actividades cinegéticas o guerreras o cuál fuera el blanco en cada caso, pero lo que sí descubren es que la punta fue utilizada por su poseedor como arma arrojadiza.

En fin, la de Dureyu, sobre el Cares, es una Palmela típica, con las características formales del tipo A1 establecido por G. DELIBES, si bien la discreta inflexión angular en la base de la hoja recuerda uno de los atributos del tipo B (DELIBES 1977: 110), diferencias que, a la postre, como ya señalara el autor citado, no concretan ni separación cronológica ni un ámbito territorial propio de cada diseño. Ampliamente representadas en la submeseta N., constituyen estas puntas la mejor referencia de la metalurgia campaniforme, acompañadas a veces de puñales de espigo, binomio metalístico que se acredita en tierras de León. Más al norte, ya en Asturias, el ejemplar de Peñaubiña, igualmente en contexto montañoso y en la divisoria de las aguas que se orientan hacia la cuenca del Duero al sur, o al Mar Cantábrico, al norte, es del

mismo tipo que la punta aquí estudiada, cercanía morfológica coherente con la lógica existencia de relaciones interregionales, franqueada asiduamente la Cordillera Cantábrica.

Sean cuáles fueren las peripecias sufridas, se conserva nuestra pieza en un magnífico estado, lo que nos hace pensar hasta qué punto no habrá permanecido durante milenios, desde los siglos iniciales del II milenio a. de J.C., en un medio bastante aislado (¿enterrada?) y no expuesta, de forma permanente, a la acción meteórica.

Con sus 86 mm. de longitud, 24 mm. de anchura máxima y 18,3 gr. de peso pudo originalmente pertenecer tanto a una flecha como a un pequeño venablo. De buena factura, con un pedicelo de longitud próxima a la de la hoja, es de notar la compensación entre tamaño y peso, equilibrio que debería influir en las posibilidades de su potencial empleo como flecha, si bien cabe señalar que la anchura en el cuerpo y un ápice ojival no la hacen demasiado punzante, aún cuando la delgadez de la hoja mitigaría considerablemente tales limitaciones.

El uso concreto de estas puntas no carece, desde luego, de atención entre los investigadores (DELIBES *et alii* 1999 a: 28-29), haciéndose patente que, de acuerdo con la ecuación peso-tamaño, habrían tenido, siempre como armas, funciones diversas, como jabalinas y lanzas las piezas mayores, como flechas las menores y más ligeras.

Pero todo ello, aunque muy razonable, precisa de algunos matices. Tanto la arqueología experimental como la etnografía descubren la variabilidad en tamaño y peso de las cabezas de flecha, hasta posiciones extremadas, puesto que si a veces se valora como punta óptima la de 3 a 5 cm de largo, no serían menos eficaces otras de buen tamaño cuyo gran peso total, hasta 90 gr., vendría a favorecer la precisión de su trayectoria (COLES 1977: 157-158). En todo caso, el tamaño y peso de las puntas no son dissociables de las proporciones de la varilla a que se acoplan y, en congruencia, del tamaño del arco propulsor. No son pues raras, pongamos por caso, entre los indios californianos y de las Grandes praderas, las dotadas de una punta de hierro, de un tamaño cercano a tantas Palmelas, montadas a su vez en astiles variados, a menudo de 70 a 80 cm, pero también de 96 e, incluso, de 107 cm de largo (MILES 1986: 18-19). Como orientación más cercana a nuestro ámbito espacial y cronocultural, las portadas en su carcaj por el "hombre de Similaun" varían entre 84 a 90 cm, con diámetros de 0,9 a 1,1 cm

(SPINDLER 1995: 173-178), mientras que un texto de la ciudad sumerio-semítica de Mari expresa claramente la justa diversidad de los tamaños utilizables según las necesidades. En el encargo de flechas para un largo asedio solicitaba el rey cantidades concretas de puntas: cincuenta de las de bronce de 40 gr., cincuenta de 24 gr., un centenar de 16 gr. y doscientas de las ultraligeras de 8 gr. (MILLER *et alii* 1986). Ese documento notable nos enseña que los arqueros de la antigüedad podían llevar en sus aljabas más de un tipo de flecha, dependiendo la elección de factores varios como la distancia, la dureza de los elementos de protección del enemigo, etc., algo que, salvando las distancias, no habría de ser extraño a los arqueros ibéricos de la Edad del Cobre.

Se observa incluso, a propósito de las estimaciones balísticas, la posibilidad de que no sean el peso y tamaño de las puntas los factores determinantes, absolutos, de las dimensiones del arco; por el contrario, adquiriría mucha importancia la forma en que aquella fuera montada en el correspondiente astil (HAMILTON 1982), y también que la capacidad de lanzar flechas de cierto peso depende del diseño del arma propulsora (KOOI & BERGMAN 1997). En cualquier caso, no fueron desconocidos en la Edad del Cobre los arcos grandes, si se toma como guía de algún valor la longitud, en torno a 1' 80 m, del que portaba el aludido "hombre de Similaun" (CAPASSO *et alii* 1999). La lógica diversidad de tamaños, incluso en función de la talla y el vigor del usuario, se acredita en el hallazgo, una vez más en un escenario glaciar alpino, en el Lötschenpass (Suiza), de tres arcos de 1,17; 1,44 y 1,66 m respectivamente. Datados radiocarbónicamente (AMS), sus fechas se sitúan no lejos del 2000 a. de J.C., por tanto razonablemente contemporáneos de las Palmelas. La potencia propulsora de esas armas alpinas se estima en 40-80 libras (BELLWALD 1992), suficiente para el lanzamiento efectivo de flechas como las que venimos considerando.

Por nuestra parte, con una modesta intención experimental, montamos la Palmela de Dureyu en una vara de avellano, seca y descortezada, de 89 cm de largo, y un diámetro medio de 1,1 cm. El peso total resultante fue de 62,5 gr., magnitud fácilmente reducible con una simple disminución del grosor del astil. La flecha resultante no discuerda con las proporciones y pesos de las documentadas arqueológica o etnográficamente, mostrándonos, además, como un arma equilibrada, cuyas condiciones aerodinámicas no se verían afectadas por la, ya comentada, anchura de la punta, compen-

sada ésta por su delgadez y la finura de sus bordes martillados, mientras que su peso propiciaría un control eficaz de la trayectoria de lanzamiento.

Así pues, nada parece impedir que Palmelas como la hallada en los Picos, fueran verdaderas cabezas de flecha, aún cuando la confirmación de tal empleo requeriría la presencia imposible de la desaparecida vara de madera, y el hecho de que su utilización acaso estuviera sujeta a pautas precisas y no discrecionales como acontecería con las que portaban una simple, y poco costosa, cabeza de piedra.

En fin, de uno u otro modo, las Palmelas son armas y por tanto capaces de herir y matar. Pero la morfología curvada de una hoja a menudo ancha se inscribe en una clase de armamento con una limitada capacidad cruenta ante la ausencia, por ejemplo, de las aletas y apéndices que complicarían su extracción sin desgarros y hemorragias (KEELEY 2002: 91). Tal aparente deficiencia fue pronto corregida y acaso tal hecho no fuera ajeno al propio fin de las Palmela: la aparición de las puntas metálicas, de cobre primero y bronce después, dotadas de agudos apéndices laterales, si bien es cierto que tales características ya habían acreditado anteriormente su utilidad en las puntas confeccionadas en sílex a lo largo del calcolítico. Esa dualidad de flechas, de cobre las ojivadas y con claras aletas las de piedra, se documenta, por ejemplo, en la tumba campaniforme de Fuente-Olmedo (MARTIN VALLS & DELIBES 1989: 25), sugiriendo, si bien con una clara desproporción numérica (una de sílex frente a once de metal), que la diferencia material y tipológica tal vez tenga sentido: ¿acaso para herir seriamente las no recuperables de sílex, y para usos más especiales, limitados, las de cobre).

Pero, yendo más lejos, tal vez convendría recordar la rentable práctica de la impregnación de los proyectiles con algún veneno, proceder universal y muy antiguo que, aunque raramente detectable, se constata en algunas tumbas egipcias y con claras noticias en textos cuneiformes, sin olvidar la sugerente procedencia de la voz *toxina*, del griego *tóxon*, neutro que significa arco, mientras que *tóxa* se refiere al conjunto arco-flechas, o flechas simplemente y el sustantivo neutro *toxikón* denomina al "veneno para flechas".

No nos cabe, a fin de cuentas y volviendo a nuestro asunto, la menor duda sobre el empleo en el combate de las flechas de punta metálica en fecha bastante temprana. El ya extenso catálogo de los esqueletos neolíticos y calcolíticos con puntas de sílex incrustadas (GUILAINE & ZAMMIT 2001: 195-

196) denuncia una modalidad de combate que se mantuvo con la llegada de las armas de cobre y bronce; al menos de eso nos hablan el cráneo 6 del dolmen de Collet, en Lérida, y otro de la Cova H de Arbolí, en Tarragona, ambos heridos con flechas metálicas (CAMPILLO 1997: 290-295).

DUREYU: UN PARAJE SINGULAR

Dureyu es una pequeña majada; por tanto una zona escarpada y peñascosa en la que una cierta disponibilidad de hierba vino a animar tradicionalmente la estancia temporal de cabras y ovejas. La escabrosidad del lugar es casi extrema, localizándose en la angosta hoz abierta por el río Cares aguas arriba de Poncebos, a unos 800 metros en vuelo de pájaro del viejo Puente de la Jaya, por el que se accede a la senda de Bulnes, sita la majada entre los 350 y 400 m. de altitud. Se inscribe pues en el escalón inferior del Murallón de Amuesa, una extensa pared subvertical cuyo reborde superior se desarrolla en cotas de 1250-1300 m para culminar en alturas de 1.450 m. En consecuencia, desde el río hasta la inflexión por arriba de la larga pared calcárea se salvan, a la altura de Dureyu, más de 1.000 m de desnivel, dato que hace más expresivo que cualquier otro el marco de grandes abismos en que nos situamos (figura 5).

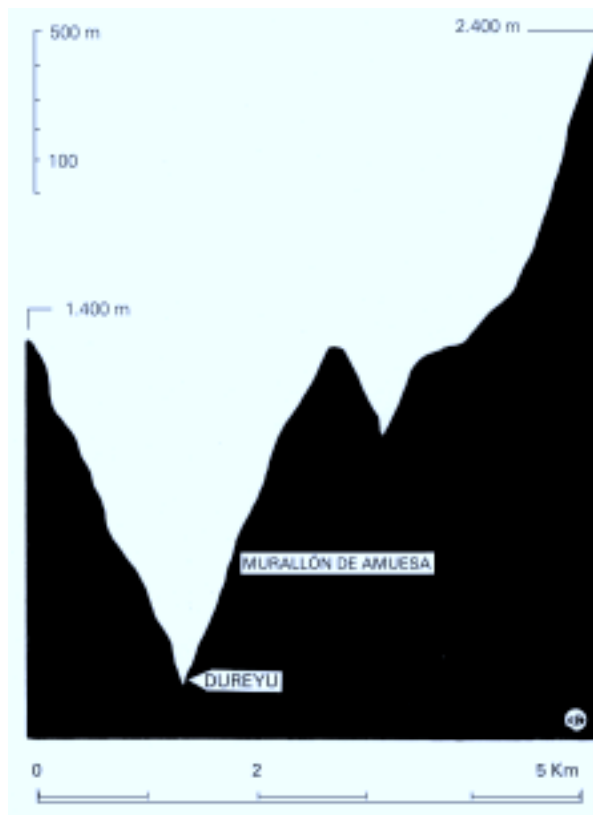


Fig. 5. La sección topográfica a la altura de Dureyu expresa el carácter alpino, vertical, del enclave.

No podría, en efecto, ser de otro modo cuando el cauce del río Cares determina el borde a poniente del macizo central de los Picos de Europa, en el que, con una mínima distancia horizontal, se yerguen cumbres tan elevadas e ilustres como El Urriello, más conocido como Naranjo de Bulnes, de 2.519 m. en su cima, o Torrecerredo de 2.648 m. Es ese vigor orográfico el que provoca la impresión de alta montaña, algo que se percibe ya en las orillas del Cares, una vez que se deja atrás Poncebos; es un efecto razonable puesto que a una distancia horizontal de menos de 4 km. de sus aguas se elevan ya cumbres que superan los 2.400 m; Torrecerredo, a poco más de 6 km. en la horizontal, culmina a 2.648 m. El tremendo salto vertical desde valles de mínima altitud hasta las cimas es algo bien conocido de pastores y montañeros, pero que engaña a los excursionistas primerizos en el macizo, al iniciarse la marcha en cotas que apenas superan los de 200 m (figura 1).

Se trata, en definitiva, de un claro contexto alpino, de vertientes raudas cuando no francamente inaccesibles; un medio aéreo en el que se suceden los atributos de la escenografía montañera más poderosa. En la sucesión de precipicios y pequeñas terrazas asomadas al vacío, de canales y vallejitos colgados, de pilares y crestones transitando la pared de arriba abajo, compone la majada de Dureyu una estampa diferenciada: un triángulo de verdor entre los farallones y pedreros gris-blancos de la caliza.

En pendiente, aunque algo menor, se extiende ese ámbito triangular entre una pared curvada, y un espolón abajo, proyectado sobre el río. Esa hombrera tendría su continuidad en la ladera opuesta, si no fuera porque el río tajó la roca, abriendo una estrecha hoz que constituye una de las más acentuadas "puertas" en esta parte del Cares.

Destaca pues Dureyu por su morfología peculiar: un nicho hemicíclico de origen cárstico, con un claro horizonte de surgencias, y una pared desplomada, acaso nacida de la previa existencia de una gran fractura en la roca que orientó los desplomes y la propia estructura del drenaje cárstico atestiguado por varias cavidades bien visibles (fig. 6). Las hombreras como ésta de Dureyu fueron interpretadas, en su génesis, como provenientes de la acción erosiva de los glaciares pleistocénicos, opinión defendida por H. OBERMAIER (1914), aunque propuestas más actuales apuntan, por el contrario, a la intervención de procesos cársticos (CASTAÑÓN & FROCHOSO 1996). Sin duda, las cuevas

abiertas en el acantilado de Dureyu son un claro vestigio de la remota actividad hidrogeológica, pero también ámbitos que intensifican la notabilidad del enclave y su posible aprovechamiento, como aprisco de cabras en los últimos siglos, y acaso como refugio de hombres y ganados mucho tiempo atrás, sino como espacio propicio para prácticas de otra naturaleza entre las que no serían descartables las sepulcrales.

En conjunto, la majada de Dureyu, donde todavía perduran algunas cabañas de piedra y viejas paredes de grueso mampuesto cerrando las bocas de algunas de las cuevas, concreta un fragmento del paisaje inconfundible; un espacio que hubo, sin duda, de contar con su propio topónimo desde tiempos muy antiguos; un enclave que podía ser segregado de su entorno y descrito fácilmente como rincón reconocible en el caos formal de los despeñaderos de Amuesa.

El acceso hasta allí, por otra parte, sólo resulta medianamente practicable desde el río, en subida a través de las playas de derrubios de deyección clástica y de placas calcáreas siempre inclinadas; un itinerario corto, aunque peligroso, en la vertiente más sombría de la garganta.

EL AMBIENTE CRONOCULTURAL DE LA PUNTA Y SU PRESENCIA EN LOS PICOS

Vaya por delante, como ya apuntamos, la suma rareza de las Palmela al norte de la Cordillera Cantábrica y, en general, en toda la fachada marítima septentrional de España (figura 7). Desde luego, en Asturias, es el del Cares el segundo ejemplar localizado; el anterior lo fue también, como ya señalamos, en zona montañosa y de tránsito a la Submeseta norte, en el entorno de Peñabuiña; de un tercero, hoy en el Museo Arqueológico de Asturias, se desconoce su origen (DE BLAS CORTINA 1991-1992: 100 y 111). Es bastante mayor el número de los catalogados en el sector septentrional de Galicia, con tres piezas en Lugo y una media docena en el tramo cantábrico de La Coruña (COMENDADOR 1998: 23-30). Componen, entre estos, el testimonio más ilustrativo las cuatro puntas halladas en el túmulo 240 de Veiga dos Mouros, en As Pontes. El monumento en cuestión, por lo que sabemos, era un simple cúmulo de sedimentos recubierto de una coraza de piedras, guardando como ajuar de un enterramiento desaparecido las puntas aludidas más un puñal de espigo y una cinta de oro laminado (MACIÑEIRA 1941: 357 y COMENDADOR 1998: cit.); en definitiva, quizá el viático sepulcral más notable de la Edad del Cobre en

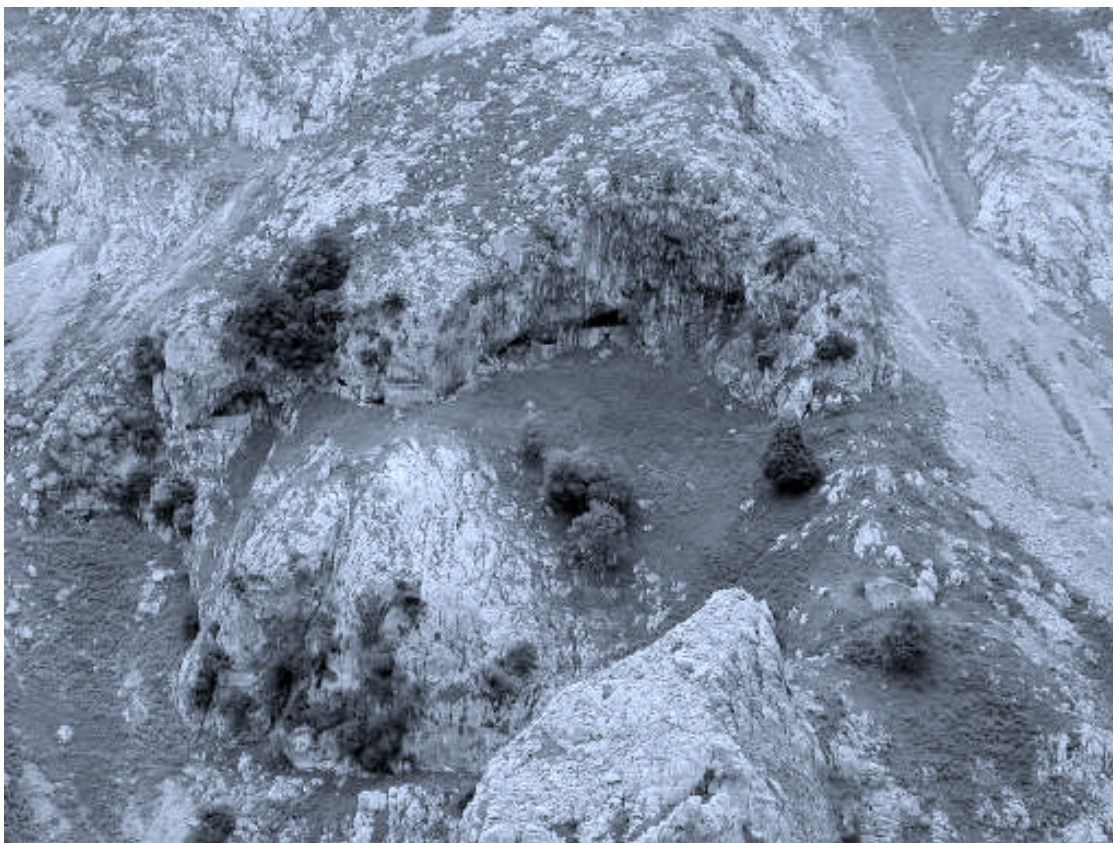


Fig. 6. Vista de Dureyu desde la "Senda del Cares", en la vertiente opuesta de la Garganta. La majada finaliza abajo en una hombrera colgada a pico sobre el río. Arriba se singulariza la pared curvada en cuya base se abren varias cavernas; en la del extremo izquierdo el muro de cierre vuela sobre el precipicio. (Fotografía de ÁNGEL VILLA VALDÉS).

todo el litoral cantábrico. Con una misma procedencia tumular se cuentan otro par de Palmelas en Vilavella, también en As Pontes (LOPEZ CUEVILLAS & BOUZA BREY 1929: 26; COMENDADOR 1998: 26).

Por el contrario, en el cantábrico centro-oriental el repertorio es modesto; a la Palmela objeto de estas notas, y a la de Peñaubiña, sólo se suman la señalada como de Potes y, tras otra amplia zona de vacío, las cuatro halladas en cavernas próximas a Castrourdiales (DE BLAS CORTINA 1987: 90-100 y 1999: 47-50). Más al este, los ejemplares vizcaínos, caso de la punta de Cueva Ramos (SALGADO & ZAPATA 1995: 116), y guipuzcoanos, ofrecen atributos formales que los alejan de los característicos de las Palmelas castellano-leonesas: el vástago de empuñadura en las vascas es más una lengüeta que un claro pedúnculo, rasgo que comparten con los ejemplares conocidos en el SO. francés (DELIBES 1983). Tal relación entre los ejemplares cantábrico - orientales y los de la Gironde es razonable (ROUSSOT-LARROQUE 2002: 419), dada su contigüidad espacial, declarando

conjuntamente su desviación morfológica con respecto a las Palmela canónicas, estas últimas muy presentes en la Submeseta norte con un cuantioso catálogo que se cifra ya en torno al centenar y medio de piezas (DELIBES *et alii* 1999 b: 68).

La punta de Dureyu ofrece un evidente vínculo tipológico con las castellano-leonesas, recuérdese lo dicho sobre el quimismo afín con el de las puntas del Alto Ebro, lo que también ocurre con la de Peñaubiña. Proviene ambas, en definitiva, de zonas de caza y pastos, en las que a la vez, si bien de modo desigual, se produjo el tránsito de gentes entre la ribera del mar Cantábrico y las tierras interiores de la Submeseta norte.

En efecto, y pese a lo comentado sobre la áspera orografía que secciona el Cares, no significó aquella, de modo inexorable, la incomunicación entre las poblaciones aledañas del macizo montañoso. Puertos y collados permitirían las relaciones entre la comarca leonesa de Valdeón y la asturiana de Cabrales, a la vez que el propio río Cares fue cruzado tradicionalmente en el traslado de gana-



Fig 7. La rareza de las Palmela al norte de la Cordillera Cantábrica (a, Dureyu, Picos de Europa; b, Peñaubiña, Asturias y c, Potes, Cantabria), contrasta con su abundancia en el sector septentrional de la Submeseta norte. Elaborado a partir de DELIBES *et alii* 1999 a y de datos recientes suministrados por de J. CELIS SANCHEZ.

dos de una a otra vertiente sin que la angostura del cauce y los fuertes desniveles resultaran insalvables. El aprovechamiento de los pastos del puerto de Ostón, sito en la margen izquierda del río, por los vecinos de la aldea de Bulnes era normal ya, al menos, en el siglo XVI (MAÑANA VAZQUEZ 2003: 232-236), desplazados para ello desde la margen derecha (fig. 1). Es éste un simple testimonio de una realidad más rica, probatoria de la normal travesía de la garganta fluvial cuando las circunstancias económicas lo requerían. Los movimientos por la zona de los cazadores, desembarazados de todo lo que no fuera un sumario equipo, fueron sin duda más fáciles y frecuentes.

De la permeabilidad de la montaña se derivarían pues diversas consecuencias, entre las que caben tanto el intercambio de bienes tangibles,

como el de noticias, técnicas e ideas. En tal ambiente no dejan las Palmela de iluminar la apertura de los cantábricos, al sur, hacia las tierras castellano-leonesas donde tales armas fueron habituales durante los siglos postreros de la Edad del Cobre. Hay además otro factor, nada inverosímil, que bien pudiera haber estimulado tales relaciones: la distribución de cobre, cuyos minerales se ofrecen con calidad y abundancia en la comarca cabraliega, y de cuya extracción y laboreo hay suficientes indicios (DE BLAS CORTINA 2003). Los veneros cupríferos, sobre todo los deseados hidrocarbonatos, no son raros en los Picos de Europa, menudeando en las áreas de Las Mestas, El Palomberu, Vega de Fana y Hoyo de Junjumia, entre otras del macizo occidental, y en las de La Gumial, Cuetu Redondu, y Forcau de Carancoba ya en el occiden-

tal (GUTIÉRREZ CLAVEROL & LUQUE CABAL 2000: 72 y 122). Es lógico, además, que la distribución del mineral también desencadenara la circulación de las manufacturas metálicas de orígenes diversos, entre las que arribarían las puntas pedunculadas como la localizada en la majada de Dureyu.

En suma, la presencia, hace unos cuatro milenios, de gentes en las ráudas laderas del Cares denuncia el uso, bien que lógicamente muy limitado, de un ámbito excéntrico con respecto a lo que sería el territorio por entonces normalmente habitado. Insistamos en que en el enclave de Dureyu no es la altitud lo que acredita su condición alpina, si no la verticalidad con que se yergue el paredón calizo y el contexto orográfico general ya referido. Cualquier calificativo sería más apropiado allí que el de ámbito doméstico, y la actividad pastoril que conoció tradicionalmente sólo se justifica, al menos desde la baja Edad Media, por la presión demográfica y la imposición de un modelo económico rural de carácter mixto, en el que también se explotaban zonas en extremo marginales (GARCIA FERNANDEZ 1980: 156); no serían esas circunstancias extremas las imaginables para la época en que se utilizaban las puntas Palmela.

Por el contrario, desde una perspectiva económica resulta mucho más probable que fuera la caza el móvil de la presencia de gentes de la Edad del Cobre en la Garganta del Cares.

En ese medio, regido por los abismos, serían cabras monteses y rebecos (gamuzas) las presas perseguidas. De aquellas cabras, conocidas siglos atrás con el nombre de *mueyos* (*mueyu*, en singular), sólo pervive la noticia escueta de alguna fuente literaria, indicando su aspecto cercano al de las cabras comunes, "bien que de mayor tamaño y ligereza", dotado el macho de una armadura "parecida a la del cabrón, pero mucho mayor" (MIÑANO 1926: 236; MADOZ 1846: 52). Poco más se puede señalar de una especie cuyos testimonios habría que buscar en el registro faunístico de los yacimientos arqueológicos holocénicos, toda vez que su desaparición parece haberse producido a mediados del siglo XIX (URÍA RÍU 1963; VILAR FERRÁN 1921: 114). Precisamente por aquellos años exploraba los Picos Casiano del Prado, anotando que el "mueño" [sic] era una cabra montés, "desaparecida casi por completo" y con la que el ilustre geólogo no llegaría a coincidir en sus ascensiones (PRADO 1860: 58, nota 1).

El rebeco, sarrío o gamuza, el *robezu* como se le conoce localmente, fue siempre especie abundante, con su dominio en la alta montaña. Los

ejemplares astures (*Rupicapra rupicapra parva*) son los de menor tamaño de las tres especies de gamuzas que viven en Europa, lo que no contradice su valor cinegético al ofrecer una "carne de la mejor calidad" (MIÑANO 1826: *id.*). Instalados a menudo durante el estío en las cumbres y pendientes más expuestas, retornan en invierno al valle y cotas bajas huyendo de la nieve (NOVAL 1976: 47-49). Su tradicional copiosidad en los Picos aparece señalada en el XIX en fuentes diversas (MADOZ 1846); ya en el XX era precisamente en el macizo central donde los rebecos habitaban en mayor número (FONTAN DE NEGRIN 1907: 79; PIDAL & ZABALA 1918: 53), pastando agrupados en los *jous*, depresiones de origen glacio-cárstico tapizadas por el pasto de verano, y objeto de cacerías masivas que tampoco carecen de buen refrendo literario (CHAPMAN & BUCK 1910 y 1987: 305-316).

Animal de hábitos diurnos, resulta el rebeco por ello fácilmente localizable, en particular cuando se concentran los rebaños mayores en las laderas más abiertas y accesibles. Parece pues muy probable que su captura propiciara la exploración inicial de la alta montaña cantábrica, circunstancia paralelizable a la de las estancias humanas más antiguas en el medio alpino, con algunos documentos tan notables como el campamento de cazadores mesolíticos al abrigo de una roca en Alp Hermettji, a 2.600 m. de altitud, en el macizo del Cervino (CORDY *et alii* 1998), lejos, evidentemente, del marco vital ordinario.

No es, en definitiva, desechable la posibilidad de que la Palmela localizada en Dureyu fuera extraviada en alguna visita a la zona, ¿acaso en un accidente de su portador?. O quizá fueran las corrierías cinegéticas en aquellos precipicios las que, a la postre, llevaran a los prehistóricos a reparar en el hem ciclo natural y en su línea de cuevas; en la peculiaridad, que destacábamos más atrás, de paraje inconfundible entre la reiteración de canales y pilares roqueños que se suceden en el Murallón calizo de Amuesa. Todavía hoy, cuando las nieves van cubriendo los sectores medios y altos de la cordillera, se encaminan los rebecos a las cotas bajas, siendo precisamente Dureyu y su mancha de pasto uno de los más frecuentados paraderos invernales. Es entonces probable que las cacerías también pudieran celebrarse en otoño - invierno y no sólo en verano; además, es hacia noviembre cuando el rebaño de rebecos se reagrupa para un nuevo ciclo reproductivo. La experiencia transgeneracional de los cazadores facilitaría, en todo caso, la elección del momento adecuado, sabiendo,

entre otros aspectos de la conducta de aquellos rumiantes, de la debilidad y pérdida de peso de los machos tras los combates nupciales del otoño avanzado, frente a las reservas energéticas acumuladas por las hembras, transformadas en masa corporal merced a los nutritivos pastos de estío.

De nuevo, y sin conflicto con las consideraciones que acabamos de ofrecer, la notabilidad de un paraje natural en el que incluso se abren las bocas de varias cavernas, nos anima a atender otra opción ya apuntada: el empleo de aquel lugar especial, retirado y dominante, como plausible enclave funerario o ritual,- es precisamente sepulcral el contexto de bastantes de las mejores Palmela de Castilla; también de las vasco-navarras (ALDAY RUIZ 1988)-, alternativa que reclama un futuro análisis

del mismo, -aún perduran algunos paquetes de sedimentos en las covachas-, con los medios adecuados, y en detalle.

En fin, una punta de cobre de calidad, sin duda costosa en su elaboración, acaso tuviera un limitado uso ordinario como arma arrojada en las excursiones venatorias, -aunque, como señalábamos, la evidente melladura en el ápice testimonie un más que razonable empleo-, sobre todo en un paraje que haría muy difícil su posterior recuperación. Brota entonces, otra vez, la sugerencia del objeto de valor tanto material como simbólico, acaso expresivo del rango social de su propietario, al que, por último y como viático mortuorio, fuera cual fuese su preciso significado, terminara acompañando en la tumba.

BIBLIOGRAFÍA

ALDAY RUIZ, A.

1988 Bases para un estudio del campaniforme en el País Vasco. *Veleia* 5, 107-114. Universidad del País Vasco.

ARIAS CABAL, P.; PÉREZ SUAREZ, C. & TEIRA MAYOLINI, L. C.

1995 Nuevas evidencias acerca del megalitismo de la región de los Picos de Europa. *Férvedes* 2, 37-58. Museo de Prehistoria e Arqueología de Villalba. Lugo.

BELLWALD, W.

1992 Drei spätneolithisch/frühbronzezeitliche Pfeilbogen aus dem Gletschereis am Lötschenpass. *Archäologie der Schweiz* 15-4, 166-171.

BLAS CORTINA, M. A. DE

1987 Los primeros testimonios metalúrgicos en la fachada atlántica septentrional de la península Ibérica. *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, 66-100. II. Instituto Universitario Ortega y Gasset y Universidad Complutense de Madrid.

1991-92 Nuevos testimonios metalúrgicos de la Edad del Bronce en el centro-occidente de la región cantábrica". *Veleia* 8-9, 111-137. Instituto de Ciencias de la Antigüedad. Universidad del País Vasco.

1999 Asturias y Cantabria. *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica*". II, 41-62. *Estudios regionales*. G. DELIBES E I. MONTERO COORDS. Fundación Ortega Gasset/Ministerio de Cultura. Madrid

2003 Estelas con armas: arte rupestre y paleometalurgia en el norte de la Península Ibérica. *El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI*, 391-417. Primer Symposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella (Ed.: R. BALBIN Y P. BUENO). Amigos de Ribadesella/Cajastur/Ministerio de Ciencia y Tecnología y Real Instituto de Estudios Asturianos.

CHAPMAN, A. & BUCK, W.

1910 *Unexplored Spain*. London (*La España inexplorada*). Sevilla. Junta de Andalucía. 1989).

CAMPILLO, D.

1977 *Paleopatología del cráneo en Cataluña, Valencia y Baleares*. Barcelona. Ediciones Montblanc-Martin.

CAPASSO, L.; LA VERGHETTA, M. & D'ANASTASIO, R.

1999 L'Homme di Similaun. Une synthèse anthropologique et paléontologique. *L'Anthropologie* 103, 447-470.

CASTAÑÓN ÁLVAREZ, J.C & FROCHOSO SÁNCHEZ, M.

1916 *HUGO OBERMAIER y el glaciario pleistoceno. "El Hombre Fósil" 80 años después*, 153-175. A. MOURE, ed., Universidad de Cantabria, Fundación MARCELINO BOTIN e Institute for Prehistoric Investigations. Santander.

COLES, J.

1977 *Arqueología experimental*. Lisboa. Livraria Bertrand.

COMENDADOR REY, B.

1998 Los inicios de la metalurgia en el noroeste de la Península Ibérica. *Brigantium* 11. Museo Arqueológico e Histórico. Castelo de San Antón. A Coruña.

CORDY, PH.; LEUZINGER-PICCAND, C. & LEUZINGER, U.

1998 Ein Felsabri auf 2600 m ü. M. am Fusse des Matterhorn-Jäger, Händler und Hirten im Hochgebirge. *Archäologie der Schweiz* 21, (2), 65-771.

DELIBES DE CASTRO, G.

1977 El Vaso Campaniforme en la Meseta Norte Española. *Studia Archaeologica* 46. Universidad de Valladolid.

- DELIBES DE CASTRO, G.
1983 El País Vasco encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (s. XVIII a. de C.). *Serie Arqueológica. Varia II*, 131-164. Dpto. de Historia Antigua. Universidad de Valencia.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; FONTANEDA PÉREZ, E. & ROVIRA LLORENS, S.
1999 a *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La colección Fontaneda*. Arqueología en Castilla y León. *Monografías 3*. Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. & HERRÁN MARTÍNEZ, J.
1999 b Submeseta norte. *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II*, 63-94. *Estudios regionales*. (G. DELIBES & I. MONTERO coords.). Fundación Ortega Gasset/Ministerio de Cultura. Madrid.
- FONTÁN DE NEGRIN
1907 *Aux "Picos de Europa" (Asturies)*. Toulouse. Ed. en castellano de GH, Editores S. A. Gijón 1986.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J.
1980 *Sociedad tradicional del espacio en Asturias*. Biblioteca Julio Somoza. Gijón. Silverio Cañada editor.
- GUILAINE, J. & ZAMMIT, J.
2001 *Le sentier de la guerre. Visages de la violence préhistorique*. Paris. Ed. du Seuil
- GUTIÉRREZ CLAVEROL, M. & LUQUE CABAL, C.
2003 *La minería en los Picos de Europa*. Oviedo.
- HAMILTON, T. M.
1982 *Native American Bows*. Columbia, Missouri Archaeological Society
- KEELEY, L.
2002 *Les guerres préhistoriques. L'Art de la Guerre*. Éditions du Rocher.
- KOOI, B.W. & BERGMAN, C.A.
1997 An approach to the study of ancient archery using mathematical modelling. *Antiquity 71*, 124-134.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. & BOUZA BREY, F.
1929 *Os Oestrimnios, os Saefes e a Ofiolatría en Galicia*. Arquivos do Seminario de Estudos Galegos II. Santiago de Compostela.
- MACIÑEIRA, F. DE
1941 El vaso campaniforme y condiciones de sus intactos yacimientos tumulares en la estación de Puentes, del Cabo Ortegal. *Atlantis. Actas y Memoria de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. Tomo XVI, 356-369.
- MADOZ, P.
1846 *Diccionario Geográfico-estadístico-Histórico de España*. T. V. Madrid.
- MAÑANA VÁZQUEZ, G.
2003 *La Garganta del Cares*. Tomo I. Oviedo. Cajastur.
- MARTÍN VALLS, R. & DELIBES DE CASTRO, G.
1989 *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*. 2ª ed. aumentada. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid.
- MILES, CH.
1986 *Indian & Skimo Artifacts of Northern America*. New York. American Legacy Press.
- MILLER, R.; MCEWEN, E. & BERGMAN, C.
1986 Experimental approaches to ancient Near Eastern archery. *World Archaeology 18 (2)*, 178-195.
- MIÑANO, S. DE
1826 *Diccionario Geográfico-Estadístico de España y Portugal*.
- MONTERO, I. & RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA M. J.
1997 *Asociaciones naturales de cobre y níquel en el Alto Valle del Ebro*. II Congreso de Arqueología Peninsular. Neolítico, Calcolítico y Bronce. Tomo II: 517-526. Zamora, del 24 al 27 de Septiembre de 1996. Fundación Rei Alfonso Henriques. Zamora.
- NOVAL, A.
1977 *La fauna salvaje asturiana*. Salinas/Asturias. Ayalga ediciones.
- OBERMAIER, H.
1914 Estudio de los glaciares de los Picos de Europa. *Serie Geológica 9*. Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Madrid
- OTTAWAY, B. & SEIBEL, S.
1998 *Dust in the wind: Experimental casting of bronze in sand moulds*. In M.Ch. FRERE-SAUTOT (ed.) *Paléoméallurgie des cuivres*. Actes du Colloque de Bourg-en-Bresse et Beaune, 17-18 oct. 1997. Éditions Monique Mergoïl. Montagnac: 59-63.
- PIDAL, P. & ZABALA, J. F.
1918 *Picos de Europa. Contribución al estudio de las montañas españolas*. Madrid. Club Alpino.
- PRADO, C. DE
1860 Ascensión á los Picos de Europa en la Cordillera Cantábrica. *Revista Minera. Periódico científico e industrial XI*, 62-72 y 92-101. Madrid.
- ROUSSOT-LARROQUE, J.
2002 Pointes de Palmela trouvées en France: Atlantique ou Méditerranée? *Pirineus i veïns al 3er mil·leni AC. XII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá*. Institut d'Estudis Ceretans. Puigcerdá, 407-419.

ROVIRA, S. & GÓMEZ, P.

2003 *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. III. Estudios metalográficos.* Taravilla. Madrid.

SALGADO, J. M^a & ZAPATA, L.

1995 La industria metálica del depósito sepulcral de Pico Ramos (Muskiz, Bizkaia). *Munibe (Antropología-Arkeologia)* 47, 115-126. San Sebastián.

SPINDLER, K.

1995 *El hombre de los hielos.* Barcelona. Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores.

URIA RIU, J.

1963 Más noticias sobre "el Mueyu". *Archivum XIII*, 337-343. Universidad de Oviedo.

VILA FERRÁN, J.

1921. *Topografía médica del concejo de Cabrales.* Madrid.